



# COMO EL AGUAY

**E**L infierno es la ausencia total de interés hacia todo. Es tumbarse boca arriba en una cama que se antoja incómoda y fría y mirar al techo por no tener fuerzas para cerrar los ojos. Es no tener ilusión por la vida ni apatencia de muerte. Es haber pensado mucho, mucho, y tener el cerebro cansado y harto de ideas. Es creer que nada vale la pena y que es estúpido hablar y ver y oír. Es tener miedo de creer en Dios y miedo de perder a Dios. Es no tener ganas de llorar por nada.

Y es saber que todo eso también es mentira.

Sentir que la vida, las cosas tangibles que componen la vida, se escapan de las manos como el humo, no saber cuál es el límite entre lo real y lo soñado, despertar cada mañana con un gusto a milagro entre los labios y tener que negar a Dios para seguir viviendo.

Comprender que las palabras han dejado de ser un vehículo de comunicación con los demás, sentirse preso en una campana de cristal, gesticulando y gritando sin que nadie nos entienda, llorando sin que nadie respete nuestro llanto.

Correr despavorido por entre una multitud de hombres sin rostro que vuelven la espalda cuando les pedimos auxilio, y oír sus risas, sus lacerantes risas, en un monstruoso crescendo que se va infiltrando hasta lo más recóndito de nuestro ser.

Comprobar que cada movimiento, cada nuevo acto de la voluntad es un esfuer-

zo espantoso que se hace por nada y para nada. Vestirse, hablar, sonreír, cualquier cosa es horrible; ¿y andar?, ¿andar por qué? ¿Hacia dónde?

Es mejor no pensar. Actuar como una máquina. Tratar de vivir, aun sintiendo que el infierno continúa latente dentro de nosotros, aun teniendo la certeza de que el juego volverá a empezar una y otra vez y se hará tanto más horrible cuando nos quedemos solos, aun sabiendo que habrá que afrontar otra noche, esperar, como si fuera un bálsamo, un sueño que no será agradable ni tranquilo, un nuevo despertar. Y de nuevo el girar de la rueda.

Aquel había sido su drama. Un drama humilde, recatado, que no corre de boca en boca mientras la gente se hace cruces. El drama tonto del que espera contra toda evidencia que la vida sea algo hémoro con aureola de grandeza y va perdiendo a jirones pequeños y dolorosos la esperanza y la fe.

Ya estaba desapareciendo, todo iba borrándose excepto la felicidad llana que la poseía, aquel ir empapándose de paz, aquel no ser nadie y no sentir nada.

Tic, tac... tic, tac... tic, tac... Era curioso. Resultaba curioso oír el palpitante de la propia vida. Pero oírlo de fuera a dentro, como si uno fuera el simple espectador de su buen funcionamiento.

¿Cuánto tiempo tardaría en perder el conocimiento? Quizá no lo perdiera. Quizá su cuerpo fuera quedándose dormido y su mente, o su alma, o el soplo de vida que la hacía sentirse algo individual y libre fuese agrandándose, agran-

dándose hasta convertirse en un grito gigantesco. Quizá a medida que el tiempo fuese avanzando...

Tiempo. Era extraño. Siempre se acababa por llegar a aquella palabra y sin embargo nadie sabía lo que quería decir. Tiempo. Era una hermosa palabra, sin embargo.

Tic, tac... tic, tac... tic, tac... Una música monocorde y lenta. Debía tener algún significado. Un significado que iba a diluirse en la nada sin que ella hubiese logrado descubrirlo. Empezó a darle miedo su insistente avanzar.

Tic, tac... tic, tac... tic, tac...

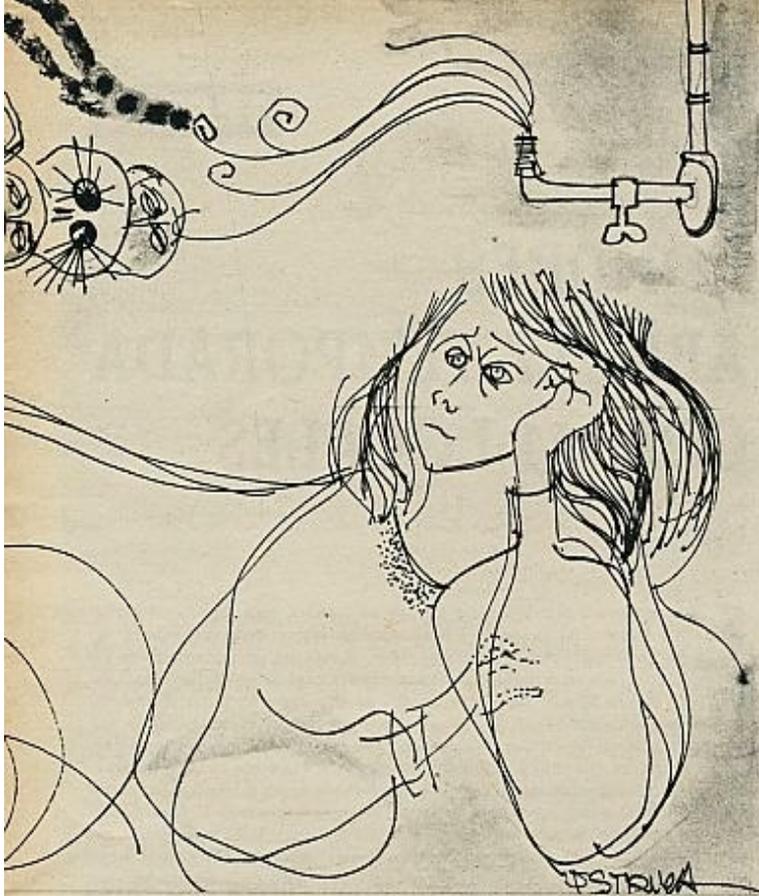
Se aferró al pequeño despertador con las dos manos y lo estrelló contra el suelo. Retuvo el aliento para apreciar el resultado. Había enmudecido. Suspiró con un enorme alivio y se echó otra vez sobre la cama con los ojos abiertos.

Flotaba en una semi inconsciencia que no hubiera podido delimitar si era física o espiritual. Se miraba las manos, como empiezan a mirárselas los niños de pocos meses con sorpresa, casi con admiración. Sentía que poco a poco, sin que pudiera precisar los sucesivos tránsitos, su cuerpo y su alma se iban desligando en su mente sin que ello resultase doloroso ni trágico. Sólo sorprendente, muy sorprendente. Empezó a sentir una dulce sensación de cariño hacia ella misma, hacia las circunstancias que habían sido ella misma y que estaban dejando de serlo. «Elena...», pronunció muy bajo y sus ojos se humedecieron con agradecimiento, con lástima y hasta con un poquito de nostalgia por aquel

nombre que había sido el suyo. ¡Pobre Elena! Era dulce sentir compasión por ella ahora que se la vela alejarse, como perdiéndose entre una extraña niebla. Pobre Elena...

No había sido una criatura vulgar. Había quien opinaba incluso, que había sido demasiado extraña. De niña, se quedaba horas enteras con los ojos perdidos y una sombra de sonrisa en los labios, soñando quien sabe que fantasías. Había pasado meses enteros sin asomarse a un espejo porque quería convencerse de que poseía un rostro y una figura que su imaginación había inventado y que no coincidían en absoluto con los suyos. Y había vivido, a través de aquel rostro y de aquella figura ideales, una existencia feliz, hasta que un día le habían puesto ante los ojos una fotografía suya, tomada al descuido, que había grabado para siempre en su mente su verdadera imagen, más bella que la otra quizá, pero con la que empezaba una existencia nueva, peligrosa y difícil, que los otros, todos los demás, llamaban evivir en la realidad.

Sólo había conocido un amor, absorbente y extraño como ella misma. Un amor del que había querido huir como de un espejismo fatal en el que se había negado a creer durante años, contra el que había luchado denodadamente aferrándose sin resultado a ilusiones pasajeras que la dejaban vacía y sin lágrimas en brazos de aquel fantasma más poderoso que cualquier realidad consistente. Había tratado de convivir en una armonía ficticia con aquel sentimiento,



# EL HUMO

Por ANA ISABEL ALVAREZ DIOSDADO

engañándose a sí misma, apodándolo con nombres que no eran el suyo: admiración, fanatismo, partidismo, que más daba...

Lo cierto es que había amado a un hombre y que su amor era estéril y estúpido.

Durante años había almacenado fotografías suyas, recortes de periódicos que hablaban de él, que eran como símbolos a los que ella no concedía demasiado valor, pero que representaban el único baluarte material, palpable, al que podía aferrarse durante aquellas noches en que se sentía demasiado sola, demasiado desgajada del resto del mundo.

El nunca la había visto, y desconocía totalmente su existencia. Ella le conocía bien —creía conocerle, dirían los otros, todos los demás— y amaba sus virtudes y sus defectos por encima de cualquier otra cosa en el mundo. ¿Cómo no había de conocerle si se había pasado la vida espionando hasta sus suspiros, intentando descifrar hasta el batir de sus

párpados? ¿Por qué dudaban? ¿Es que el amor puede medirse, limitarse, explicarse siquiera? No era el primer ser humano que amaba a otro al que nunca había hablado. Ella conocía su vida casi paso a paso. Durante años había desempeñado el trabajo de un historiador a su respecto, sólo para luchar con los demás, para poder oponer algo a sus posibles argumentos. En realidad los hechos le importaban poco. Para ella era mucho más sencillo saber como era él. Le bastaba con descifrar su mirada, sus gestos, sus ademanes, sus actitudes... Le había visto cientos, miles de veces. Se antabala en la comodidad de una butaca mullida, diluida en la oscuridad de una sala de proyección, para escudriñarle, con el alma y los sentidos abiertos sólo a su presencia, presencia referida a distancia, que era la única que le fuera permitido disfrutar de él. Había sido ante ella caballero y gañán, noble, honrado, bondadoso o asesino y rufián... ¿Cómo no había de conocer a un hombre que había vi-

vido de tantas formas ante sus ojos sin dejar de ser él, él mismo en cada una! Podía variar su nombre, la época en que viviera, el ambiente que le rodease, pero su alegría no variaba, como no variaba su tristeza, como no variaban sus cóleras, ni sus sonrisas de amistad, de gratitud, de ironía, de crueldad, de heroísmo, de cobardía. Era él, él mismo, a través de cientos de personajes distintos que podían haber sido él, ya que sólo Dios es dueño del tiempo y de las circunstancias.

Ella odiaba la pasividad, la resignación, pero ¿qué podía hacer? Bien sabía que a ojos de los otros, de todos los demás, sus sentimientos aparecerían ridículos e ilógicos, bien sabía que no podía albergar esperanzas, pero ¿cómo era eso lo importante? Había algo mucho peor, algo que se le hacía insostenible, contra lo que se rebelaba desde lo más profundo de su ser, y era aquel no ser nadie, ni siquiera un nombre, para el hombre que amaba. Podía resignarse a sufrir, encontraba incluso un placer morboso en imaginar una vida de sufrimiento y de renuncia, pero nunca en la sombra, nunca en el anonimato. Muchas veces había pensado en escribirle, pero no se decidía a llevarlo a la práctica por miedo a gastar en salvas su única pólvora disponible, por miedo a las innumerables cartas que indudablemente recibiría él y cuyas respuestas —si las había— se limitaría a firmar sin interesarse por el texto de que le hiciera responsable algún secretario. Le había bastado decirse «Puedo escribirle si quiero...» para que esa posibilidad la reconfortase sin necesidad de llevarla a la práctica. Especulaba con ello sintiéndose muy poderosa. «Si le escribo...», «Cuando le escriba...». Era ya como tener un cierto contacto con él, como sentirse más cerca suyo. Imaginaba frases, componía párrafos mentalmente, soñaba con todo lo que podría decirle, sin llegar jamás a plasmarlo en papel, y se sentía feliz.

Pero un día se encontró frente a la vida de repente, sin comprender bien el choque. Ya no era la niña huidiza, ni la adolescente soñadora, ni siquiera la jovencita irónica que observaba el transcurrir del tiempo con la actitud del espectador cómodo que contempla indiferente el espectáculo. Aquella sensación indefinida de que su vida, su propia vida, era como un libro de páginas en blanco en las que ella empezaría a escribir al día siguiente, pasó también. El libro estaba allí, abierto ante sus ojos y en él no había nada, nada más que un nombre que encerraba un sueño imposible. Quiso luchar pero el sueño había adquirido proporciones gigantescas, ahogando, como inútiles, todas las preocupaciones, todos los deseos que no estuviesen relacionados con él. Y ella sabía que era un amor inútil, mudo y sordo.

Era como darse de cabeza contra un muro de piedra.

Todo fue perdiendo su sentido poco a poco. Vivía como una autómatas, llevando a cabo esfuerzos inhumanos para ejecutar las más pequeñas cosas. Era como llevar dentro de sí un cadáver y al mismo tiempo un loco que seguía creyendo por encima de todo, que seguía esperando por encima de todo.

De repente, experimentó la irrefrenable necesidad de confiarse a los demás, de contarle todo, de hablar continuamente de ello, como si en cada uno de los confidentes tratase de convencer a la

Providencia de que era justo esperar. Sólo huyó de los escépticos, de los materialistas convencidos. No quería oír extrañezas, negativas ni sarcasmos. Quería promesas, esperanzas, necesitaba cómplices... El milagro, indefinido y vago milagro que había esperado, no llegó y ella encontró natural que no llegase. La angustia de la espera desapareció por completo y el primer momento fue como de liberación al comprobarlo. Casi inmediatamente se dio cuenta de que al resignarse lo había perdido todo, absolutamente todo. Si hubiese seguido esperando, contra toda evidencia, habría habido un sentido en su existencia, un camino. De pronto se daba cuenta de que era un engranaje suelto en la gran máquina y ello le producía una sensación agudadora de inutilidad y de desconcierto. Le habían quedado el vacío, la soledad, la duda. Y en la duda quiso volverse hacia el lado opuesto de lo que había buscado siempre. Quiso buscar la certeza de los escépticos, la fuerza de los clínicos, y como un enfermo grave que habiendo perdido en el miedo a la muerte el pudor y la vergüenza va exhibiéndose de hospital en hospital en busca de una curación en la que no cree, ella fue contando su historia y su problema a todos aquellos que podían convencerla definitivamente de que era absurda y estúpida. No se arredró ante miradas de indulgencia, ni ante sonrisas semi veladas de superioridad, no la aminalaron porque era eso lo que buscaba en ellos, la derrota total, el convencimiento de haber estado equivocada, la certeza de un error.

Y no la encontraba.

Había en ella algo más fuerte que cualquier razonamiento que pudieran oponerle, algo mucho más poderoso que la razón y los límites lógicamente establecidos, algo contra lo que estaba luchando con todas sus fuerzas y que le hubiera sido imposible definir. No podía llamarlo presentimiento porque había dejado de sentir cualquier cosa que fuera, ni era tampoco el amor, a secas, porque mucho antes de que apareciese el amor, ya desde toda la vida, ella había vivido aparte, en un mundo distinto en el que no regían las mismas leyes, un mundo en el que necesitaba dejar de creer para poder superar la crisis en que estaba hundida.

Entonces trató de comprender, de empezar a comprender de nuevo. Había vivido bajo conceptos falsos, pero cuáles eran los verdaderos? ¿Los había acaso? De una actitud de fe absoluta en la Providencia pasó sin transición a dudar de todo. Perdió la confianza en la gente y la esperanza en Dios. Pasaba de alentadores y engañosos momentos de recuperación en los que le parecía posible empezar de nuevo, y trataba de buscar, de organizar su modo de vivir, a crisis de desesperación absoluta en las que todo le parecía absurdo e inútil.

Un día escribió aquella carta. Fue una carta muy larga, absolutamente espontánea, sin sentimentalismo y sin retórica porque no los necesitaba para contar la verdad, y se limitó a eso, a contarla. Fue como un desahogo, ansiado desde hacía mucho tiempo, un dirigirse a él por vez primera en lugar de llorar en el vacío.

Luego cerró a piedra y lodo puertas y ventanas y abrió las llaves del gas.

(Ilustraciones de ESTRUGA)